



Biblioteca Cero:

Todos tenemos algo que contar

Todos los derechos reservados.
Publicación sin fines de lucro.
Prohibida su venta y reproducción.

Biblioteca Cero ha sido publicado y financiado con fondos para Emprendimientos Estudiantiles CREA ENAC 2022.

Primer edición: diciembre 2022
Reimpresión primera edición: abril 2023

Edición y revisión: Camila Miranda y Patricio Guerrero.
Ilustración portada y diagramación: Nataschia Navarro Macker.



Biblioteca Cero:

Todos tenemos algo que contar

Adiós, bebé

Pequeña bolita esponjosa de pelo sedoso que llegaste a mover mi mundo, tan diminuto y enérgico desde el primer día. Recuerdo cuando llegaste aquella noche a mediados de julio. La primera vez que te vi, algo dentro de mí comenzó a resonar, una sensación, un sentimiento que hacía tiempo no sentía y ya casi había olvidado su existencia. De pronto, una necesidad de protección y cuidado invadió mi ser, una nueva misión: asegurarme que te sintieras amado y seguro mientras estuvieras conmigo.

Nuestra historia tuvo sus altos y bajos. Me diste muchos sustos, pero también varias alegrías. El tiempo pasaba e ibas creciendo un poco cada vez. Te veía correr rápido y con entusiasmo, saltar de un lugar a otro; con tus diminutas garritas, escoger primero las golosinas que más te gustaban antes que comer las más nutritivas; dormir en forma de ovillo o con tus peludas mejillas pegadas a la pared en diferentes lugares de tu hábitat y esconderte en una de tus guaridas donde ocultabas tus provisiones, pensando que nadie las encontraría. Vi toda tu vida pasar a través del muro transparente que a veces nos separaba.

Muy pronto tu llegada significó un nuevo sentido en mi vida, tal vez no te diste cuenta, pero llenaste un vacío gris que estuvo por un largo periodo estancado en mi corazón. Fui inmensamente feliz cuando estuviste aquí, pero la vida tiene su curso, todo lo que llega debe irse en algún momento y contigo no fue la excepción. Jamás podré olvidar esa mañana templada a mediados de agosto cuando te busqué extrañada de ver tu plato lleno, porque siempre fuiste muy glotón. Tamaña sorpresa me llevé al verte inerte dentro de tu casita favorita. Te toqué y ya no estabas tan blandito como siempre. Fue cuando me di cuenta de que te habías ido. Mis ojos se nublaron, la tristeza me inundó y las lágrimas no pararon de brotar mientras te cargaba en mis brazos. Incluso ahí te veías tan pequeño. Lamentablemente, tu ciclo conmigo fue efímero, pero quizás era lo que tenía que durar. Tal vez, yo sin saber, ya habías terminado tu misión en

este mundo y debías irte. El tiempo no siempre es justo, pero no se puede ir en su contra. Cruzaste el arcoíris sabiendo que habías cumplido tu cometido y sin intención de dejar ese hueco que alguna vez llenaste, vacío nuevamente. Nunca olvidaré mi experiencia contigo, tampoco lo agradecida que siempre te estaré por pintar mis días de colores, por ayudarme a reconectar nuevamente con la vida, por hacerme sentir querida y valiosa para alguien más, y aunque no me liberaste del agujero donde me encontraba, me diste el impulso que necesitaba para salir de ahí. Solo espero haberte otorgado la mejor calidad de vida posible.

No te preocunes por mí, me enseñaste mucho más de lo que consideré sería mi instancia contigo. Quizás tome algún tiempo, pero lograré salir del duelo que dejó tu partida. Serán días tristes y solitarios, lo sé; sin embargo, estaré bien en el proceso. Tampoco te angusties por mi soledad, ya que estoy segura de que cuando llegue el momento, otro ser vendrá a iluminar mi vida, al igual que tú. Siempre te recordaré, *mi pelucito*.

Adiós, bebé.

Descansa en paz.

~ Aura ~
Técnico en Bibliotecología y Documentación.

Corazón de bestia

Estaba aturdido, desangrándome sin visión de mi alrededor, en una caja de concreto. No sabía cómo había llegado ahí, mi fuerza era nula, estaba agotado, sediento y sin escapatoria. Luego de esperar unos minutos, por más pesada que estaba aquella puerta que no me dejaba salir de esa prisión de concreto, logré moverla con las pocas energías que me quedaban. Me di cuenta de que era un féretro rodeado de un círculo de sal con unos sellos antiguos dibujados con esta. Pero, ¿cómo había llegado a este lugar? Desolado y sin recuerdos, velozmente me recorría un sudor frío acompañado de un escalofrío que invadía toda mi piel, anunciando un inminente peligro.

Entre las sombras de este lugar logré detectar unos ojos inyectados en sangre. Un instinto de supervivencia me llenó el cuerpo de adrenalina y sin pensar, sin mediar palabra ni pensamiento, mi cuerpo actuó por sí solo empuñando aquella espada que, a pesar de su gran tamaño, logré blandir sin mayor dificultad. Pronto me percaté de que me hacían falta dos dedos de mi mano derecha; estaban vendados con una prolíjidad nunca antes vista, como si de un médico experimentado se tratara. Rápidamente me armé de valor y decidí salir de aquel círculo que me proporcionaba tal seguridad, protección que, quizás, de manera falsa me brindaba.

A pesar de estar tan cerca de aquella criatura, mi corazón se mantenía calmo, no titubeaba ni temblaba, un pulso perfecto. Sentía que aquella bestia me temía. Aun fuera de aquel círculo, solo se limitaba a observarme y emitir pequeños gruñidos de enojo. Luego de un cruce de miradas, la bestia acabó por abalanzarse sobre mí. Mi cuerpo por sí solo evitó cada uno de los ataques de unas garras más largas y grandes que las de un oso y el doble de corpulento; mi espada danzaba sobre mí como un baile crudo al son de aquellos ataques que reflejaban la desesperación y furia de aquella criatura.

Sin dudarlo, logré acertar el golpe definitivo degollando a la criatura. Luego, un dolor enorme recorrió mi cabeza y cayendo sin

conocimiento una vez más, desperté entre sacos de trigo y paja; no era más que una granja.

A lo lejos escuché una voz apagada que poco a poco se acercaba, diciendo: —Lo lograste. Lo lograste una vez más, maldito Celdric.

“¿Celdric?”, me dije a mí mismo, confundido. “¿Ese es mi nombre? ¿Por qué no logro recordar?”. Desconcertado, pregunté a aquel tipo de baja estatura y notable panza:

—¿Quién eres tú?

Él respondió con cara de molestia:

—¿Cómo es que no me recuerdas? ¿Cuántas veces te he salvado luego de cada una de tus batallas siempre que caes desfallecido? Similar a lo que acaba de suceder hace un par de días. Soy Ketten, tu maldito amigo desde que tienes memoria.

—Un par de días? Lo sigo sintiendo como si fuese hace algunas horas y el dolor de cabeza no desaparece junto con el mareo que lo acompaña.

Ketten hace resonar una bolsa bastante voluptuosa y entre dientes dice:

—Pero ese bastardo nos hizo ganar un buen dineral.

Confundido repliqué:

—¿Nos han pagado por matar a esa bestia? Y si es así, ese dinero me pertenece, he hecho todo el trabajo.

“¿Estuve a punto de morir solo por una estúpida bolsa de oro?”, dije en mi interior. Kitten respondió:

—Tú, temiéndole a la muerte? ¿Qué es lo que te pasa? Tú amas el oro y aún más la adrenalina. Siempre has vivido de esto, Celdric, esto eres tú. ¿Realmente no lo recuerdas?

—No —respondí en seco—. No lo recuerdo. No te recuerdo a ti y no me recuerdo a mí. —Sin ánimos, solo me volteé en los mismos sacos de paja y volví a dormir.

Esa noche tuve pesadillas. ¿Sería un recuerdo? Vi cómo me maniataron a una mesa. Cómo, en contra de mi voluntad, experimentaron conmigo mezclando ADN de diferentes animales, siendo forzado a ingerir diferentes venenos en cantidades mortales, llevando

mi cuerpo al extremo. Casi hasta la muerte. No, yo fallecí esa vez y reviví como algo, no como alguien, ya no era humano, solo era una más de esas bestias que esta humanidad tanto detestaba.

Desperté de un salto al día siguiente, en mi mente solo existían preguntas respecto a *esos recuerdos*, pero logré notar que todas mis heridas habían sanado; cada rasguño de aquella bestia había desaparecido y logré confirmar que aquellas pesadillas eran reales. No soy más que una bestia.

Luego, junto a Kitten, decidimos pasar a una posada a comer, comprar provisiones y poder quitarme toda esa sangre en una bañera. Al entrar, noté una tensión en el lugar, vi cómo las miradas de los campesinos eran de odio, escuché cómo balbuceaban sobre mí, sobre mi aspecto y mi procedencia. Intenté cubrirme con la capucha de mi abrigo, pero sabía que era en vano. Todos lo sabían, todos sabían que era un adefesio, un mutante, una bestia.

Ya en el cuarto que alquilamos, logré percatarme del por qué todos me miraban de esa forma. Mi piel pálida, mis ojos inyectados en un amarillo intenso, mis pupilas pequeñas y rajadas como si de un gato se tratase, venas que se marcaban alrededor de mi cuello de manera vistosa. Esto era, aquel aspecto de mis pesadillas que ahora debía afrontar. Por eso, a la hora de pelear contra esa bestia, mi cuerpo estaba calmo, sereno, sin una pizca de miedo. Mi cuerpo solo actuó de la única forma que conoce: la violencia como solo un trabajo, solo uno más de la lista.

Kitten se acercó a mí y dijo:

—Esto es lo que somos y siempre seremos.

Me aparté y repliqué:

—No, esto es lo que me hicieron y he decidido dejar de serlo.

Luego de asearme, salí como un rayo de aquella posada que solo reflejó aquella realidad que me atormentaba. Tomé un caballo y sin dirección, cabalgué hacia donde el viento decidiera qué camino debía tomar, intentando convencerme de que este último *guiaría* mi camino.

Luego de una gran odisea entre pantanos, llanuras plagadas de bestias abominables y pensando en no poder huir de lo que soy, me dediqué a acabar con estas bestias, enriqueciéndome a costa de gente desesperada por un problema que jamás tendrá fin, pero que era también mi forma de sobrevivir.

Hasta que un día, vagando por las tierras intermedias, escuché a lo lejos un grito de auxilio. Fuera de mí mismo y totalmente cegado, corrí en ayuda hacia el lugar de los gritos, pero todo era un montaje. Una turba furiosa de más de cien personas me rodeaba, denigrando mi presencia, culpándome por la muerte de sus niños, padres y familias. Podía presentir el final, ellos jamás escucharon lo que tenía que decir. Aunque también sabía que con un resoplido y sin despeinarme podría acabar con ellos, pero... ¿Eso en qué me hacía diferente a las bestias que solía combatir, cazar y/o masacrar por dinero? Quería que por lo menos en el fin de mis días pudiese tomar una decisión que me cambiase de lo que he escapado tantos años, de la bestia que soy.

Sin mediar palabras, solo solté mis armas, mis pociones, mis libros y mi dinero. Toda posesión que en algún momento odié por hacerme lo que soy y acepté el castigo que, por mucho que yo no fuese el responsable, sabía que era mi destino, mi redención, mi manera de pedir perdón de rodillas ante la gente. Mi último suspiro al viento sonó...

Damián Castro
Técnico en Gastronomía

Diario poema de una práctica

A la Escuela Provincia de Chiloé

PAPÁ,
me levanté antes
para planchar los pantalones
que me pondría el primer día de práctica.
Recordé
los días de cuarto medio,
donde no tenía que levantarme antes,
porque al despertar
ya estaban los pantalones de colegio
planchaditos a los pies de la cama
el que se levantaba antes
eras tú
por mí.

PRIMERA SEMANA DE PRÁCTICA
y me citaron a la oficina.
Ahí me esperaban
inspectora e inspector,
recordé todas las llamadas en el colegio,
siempre salía con un castigo bajo el brazo.
¿Podría ser? ¿Otra vez?
Ahora estaba haciendo la práctica,
quizás me echen, pero no he hecho nada malo.

Nada de eso,
solo unos cuantos
consejos importantísimos.

NO LA VI CORRER NUNCA,
ni en educación física,
hasta el día que el C
escribió en la pizarrita
que ella y otro compañero
se amaban para toda la vida.
Se la mostró
por la ventana sin cortina
y en dos parpadeos,
estaba la enana en la biblioteca
agarrando a patadas al bromista.

ALGUNOS ESTUDIANTES
me han dicho:
“Usted es el mejor profe que tengo”.
A mí no se me mueve
ni un solo músculo,
pero se me infla el pecho.
Claro, a mí
me toca la tarea más fácil,
no ser profesor.

ESTOY PEGADO
con la canción del Rey Mocho que cantó la tía Vicky
en el cuentacuentos de la semana del libro.
No recuerdo muy bien
ni el cuento ni la letra de la canción,
recuerdo eso sí lo que significa mocho:

que le falta una parte.
Y me siento así: mocho
del cariño que día a día
me entregaban los estudiantes.

SE ME ECHARON A PERDER
los audífonos blancos.
Los guardo, no los boto
porque me los regaló la tía Maggi
cuando volvió de la licencia a la biblioteca.

ME LEVANTÉ CON GANAS
de comerme una marraqueta
con el queso que venden al frente de la escuela
y echarle la palta que el profe Romanini me regalaba.

Eso y un tazón de nescafé
con el agua de bidón recién hervida
que nos dejaba sacar el Fernando de computación.

Nada más necesitaba
para empezar de buena gana el día.

UN LLAMADITA,
un correíto,
un reemplacito
de un día,
de una hora,

de un recreo,
eso pido,
nada más.
Con un recreo ahí
de nuevo, me doy por pagado.

A DOS MESES,
extraño todavía
tomar la micro con el temor de pasarme,
aunque sabía bien
dónde debía apretar el botón.
Anhelo ir muy cansado
y que la magia de un “hola profe”, “hola tío”,
me devolviera las energías.
Extraño.
Los extraño, las extraño.
Echo de menos
que me saquen de quicio, que me hagan reír,
que me expliquen por qué no devolvieron el libro;
extraño todo.
Y es extraño
pensar que cuando me asignaron este sitio
no quería
y tres meses después no me quería ir
y aún no quiero.

Los textos escritos acá
son versos que nacen
solo con el afán de superar
un duelo que no acaba.

Lo bueno es que para los niños
fui efímero.

Lo bueno es que para mí
no lo serán.

Sergio Bravo

Egresado de Técnico en Bibliotecología y Documentación

El último de día

Ese día todo se volvió perfecto. ¡Habíamos ganado la batalla! Podías caminar con seguridad por las calles céntricas de Santiago sabiendo que nadie querría apoderarse de tus posesiones, la pobreza había sido erradicada en el mundo, las personas se llenaron de vocación y comenzaron a amar sus trabajos, tanto que en un par de horas los científicos habían descubierto la cura de todas las enfermedades y los médicos ya habían sanado a la mitad de las personas con cáncer y SIDA. ¡Oh, sorpresa! El Mapocho con aguas cristalinas y aire sin smog en Santiago. La gente aprendió a cuidar el medioambiente; ahora se usan energías renovables y nos ocupamos de buena forma de nuestros desechos.

¡Progreso! En el mundo ya no hay desigualdad, todas las personas son respetadas y tienen dignidad por el simple hecho de ser personas. Desde ese día, todos tenemos opiniones iguales para no discutir y poder avanzar. Todos nos volvimos vegetarianos, para respetar a los animales que ahora viven en libertad. Ni hablar de los homicidas, violadores, de las personas mentirosas, egoístas, porque de esos ya no hay. Hay paz, reina el amor y el respeto desborda por doquier.

Se preguntarán, pues, qué pasó al día siguiente. Al día siguiente, solo había cadáveres. No había calles, no había hogares en el que algún desventurado siguiese con vida. Algunos tomaron un objeto cortopunzante a la mano, otros prefirieron atarse una soga al cuello. No faltaron por ahí algunos, que tenían armas de fuego, que se apuntaron a sus sienes y hubo algunos que simplemente decidimos tirarnos de un puente. Ya no había por qué vivir.

Ricardo del Río Guzmán,
en coautoría con Carlos Oliveros.

Eres primavera

La primera vez que te miré, tuve una cálida sensación en el corazón que me recordó al inicio de la primavera. Junto a ella vino una fría brisa que me trajo de vuelta a mi realidad.

Después de ese día, no sales de mi cabeza. Ese lindo cabello rojo y ese cálido saludo que me daba la energía a diario; la motivación para estudiar que necesitaba.

Cuando menos lo esperaba me di cuenta de que te volviste una adicción o quizás solo me volví adicta a esa hermosa sensación que venía a mí cuando te miraba.

Mi día a día se volvió una rutina, sin tu saludo o algún gesto de tu parte mi día se volvía lento y triste. Poco a poco mi corazón comenzó a vivir en una montaña rusa de emociones.

Eres primavera

Uno de esos hermosos días que te vi, venías caminando frente a mí, cruzamos miradas, sonreíste de una forma muy dulce y pasaste junto a mí. Mi corazón parecía que iba a explotar de la emoción. Gracias a ese pequeño gesto, mi semana se volvió increíble.

Quizás solo te burlas de mí o piensas que soy ridícula y las veces que te he visto sonreír es una simple burla que te resulta inevitable.

Te volviste parte de mi vida sin siquiera saber mi nombre o tan solo saber que existo.

Siempre me recuerdan lo ridícula que soy al verte, lo torpe que actúo cuando estás cerca, o esa sonrisa que se me hace imposible ocultar cuando apareces.

Sé que esto no podría pasar de un amor platónico, me conformo con un saludo, una sonrisa o una leve “conversación”.

Eres primavera

Eres esa sensación cálida que sentimos cuando llega el sol de primavera y, a la vez, frío como la brisa de septiembre.

Eres cambiante y complejo como el clima que viene con la estación.

Me recuerdas a la sensación que tenemos al ver un paisaje de árboles y flores brotando, con un fondo de pasto verde y tierno.

Y me haces sentir las mariposas que comienzan a salir con más frecuencia en primavera.

~ Anónimo ~

Esa soy yo

¡Sí, puedo!

Cincuenta años y contando... Me matriculé en una carrera técnica, así me daría tiempo de ejercerla y disfrutarla, jajaja. Sí, si en Chile con cincuenta años ya eres viejo y si eres mujer, peor. Entonces, no queda más que decidirse, tomar los espacios y ser feliz. A mí me cuesta tomar decisiones, pero mirenme, ahora me matriculé.

Escribí esto para ustedes. Quizás sea capaz de hacer muchas cosas más. Ya es hora. Si yo lo estoy haciendo, tú también puedes. Hay que intentar ver y vivir la vida desde otra perspectiva, otro color. Estoy segura de que descubriremos lo poderosas que somos.

Creció para ser feliz

Había una vez una niña que creció con muñecas y carencias, pero no dejaba de buscar. Pasó por bosques, montañas, lagos y mares buscando; pasó por edificios y casas, hablando con personas grandes y chicas, y así encontrando pistas. Uniendo una a una comenzó a armar un gran puzzle. Los colores aparecieron y una a una las imágenes de caras sonrientes, abrazos y aplausos comenzaron a salir. Y entre la multitud estaba ella, la niña, pero ya era adulta y con emoción en el rostro celebraba junto a los suyos esa meta que tanto buscó: un lugar para aprender y cuidar su amor por los libros.

Mi familia y mis amigos cercanos

Miro mi pasado y me motiva a cambiar esas malas decisiones. Cada vez que me propuse algo y por cobardía o por considerar las opiniones de los demás, más que las mías, no fui, no leí, no hice... Me arrepiento. Marcaron mi vida para bien o para mal, en menor o mayor grado, pero tienen significado para mí, ya que a mi edad aún

los recuerdo. Y me doy rabia, pero me consuelo porque la vida es como un callejón oscuro, así es que es válido que hoy y de vez en cuando, nos perdonemos y nos permitamos ser generosos y cariñosos con nosotros mismos.

Elin Magun
Técnico en Bibliotecología y Documentación.

Estrella fugaz

Resulta tal vez peculiar revelar que en una de las casas mejor consideradas del alegre pueblo de Oldberry, un oscuro y desagradable secreto se escondía bajo sus cimientos.

Construida hace setenta años, la mansión de los Dankworth era el centro de la vida social de Oldberry y el escenario imperdible de los bailes y reuniones más importantes de cada invierno y verano.

El duque, Sir William Dankworth, provenía de un acomodado linaje de terratenientes caficultores, cuyas plantaciones se ubicaban tanto en colonias indias como africanas. Casado a una edad avanzada, poseía una única hija, lady Catherine que, a sus escasos catorce años, se preparaba angustiosamente para ser presentada en sociedad.

En el pueblo se comentaba que la joven poseía una salud tan delicada que era difícil verla fuera de la propiedad de sus padres. Quienes habían tenido la suerte de saludarla en las reuniones y festejos nocturnos de la mansión, consideraban que su aspecto no era en absoluto alicaído ni enfermizo. Muy al contrario, decían incluso que la joven exhibía una belleza prístina incipiente que le aseguraría una posición muy aventajada en relación a sus pares cuando se incorporara a la sociedad.

Y aunque todos tenían buenas opiniones sobre la familia Dankworth, un halo de sospecha e intriga cubría de tal modo a sus integrantes que los pueblerinos siempre mantenían una cuota de considerable atención ante cualquier rumor o novedad que los implicara.

Sin embargo, muy pocos rumores salían de la mansión. La principal razón recaía, ya fuera por azaroso acierto o infatigable preoccupation, en que la mayoría de los sirvientes de la casa procedía de las colonias donde Sir William tenía sus plantaciones. Ninguno de ellos conocía más idioma que el que le era propio e incluso, se sospechaba que ni siquiera se entendían entre sí.

Por eso, aunque día a día eran testigos de las atrocidades que escondían sus habitantes, poco y nada podían hacer al respecto. Solo resistir hasta el final de sus contratos, instancia en que serían devueltos a sus tierras con la promesa de una vida libre.

Lo cierto es que el porvenir de los Dankworth se hallaba bajo la más arisca de las situaciones. Quién hubiera creído que, tras tantos años de abuso y esclavitud, una maldición nacida del rencor de sus esclavos trastocaría de tal manera las perspectivas de la familia.

—Tu corazón es de piedra —había pronunciado Dharani, la esclava más longeva del cafetal, en aquel dialecto de su tierra que pocos podían entender—. De piedra será tu riqueza, tu herencia y todo lo que de tí provenga y por ti sea.

No le había molestado que su riqueza se transformara en piedra, siempre y cuando fuera en piedras preciosas y joyas de gran belleza y valor. Entendía demasiado bien el valor de las palabras para revertirlas a su beneficio.

Sir William siempre fue consciente de que su tardío casamiento podía depararle problemas al momento de engendrar a sus herederos. Incluso, había llegado a aceptar la posibilidad de que su descendencia se limitara a solo un par de criaturas.

Desencadenados los eventos posteriores a cortejos, negociaciones y nupcias, y tras haber constatado la próxima llegada de un heredero, las palabras de Dharani volvieron a resonar en su cabeza. No supo comprender, en aquel momento, que sus actos decantarian un horror tan grande, tan lastimoso. Y, si alguna culpa llegó a ocupar su corazón, fue la de haber flaqueado en aquel primer momento, cuando su primogénito llegó al mundo convertido en una roca.

Porque nueve meses para recibir a cambio aquella atrocidad eran, tal vez, la mayor desesperanza y frustración que un hombre, a su edad, podía recibir. Sin detenerse a analizar la situación, arrojó el pedrusco sobre la mesa y provisto de un martillo se empeñó en hacerlo añicos. Solo cuando cayó la noche y la piedrecilla cambió

de roca a carne desmembrada y de arenilla a sangre derramada, el hombre contempló al fin el horror que había cometido.

Un año más tarde, previendo el día en que naciera su segunda roca, mandó a llamar a los mejores, más hábiles y más precisos artesanos.

A todos ellos mostró la roca en su poder y les preguntó:

—¿Qué es lo que ven?

—Un zorral —respondió el primero.

—Una rosa —el segundo.

—Un caracol —dijo el tercero.

A todos ellos los abofeteó y mandó a apartar de sus terrenos. El último de ellos era un anciano que, a pesar de los años, seguía manteniendo buen dominio de sus artes. Pidió ver la roca y, una vez en sus manos, examinó con cuidado cada borde, curva y textura.

Cuando hubo terminado, levantó la vista hacia Sir William y entonces preguntó: —¿Qué es lo que túquieres ver?

El duque contuvo el aliento y entonces respondió:

—Una niña.

—Pues una niña será.

Conforme los años pasaron, la roca creció y el artesano trabajó sin descanso convirtiendo la extraña maldición en la obra más impresionante de su vida. Cada detalle exigía la mayor precisión y cuidado. Un solo error y no habría vuelta atrás. Porque una pieza como la que trabajaba no solo requería manos firmes y detallistas, también requería el suficiente corazón para entender que la naturaleza del trabajo lidiaba entre la justicia y la compasión. Día a día, la labor prosperaba. Y al caer la noche, como un siniestro milagro, la roca se volvía niña otra vez. Y aunque Sir William era el único testigo de esta transformación, poco podía comprender del sufrimiento que la propia criatura debía pasar, cargando noche a noche con las heridas y rasmillones que dejaban los cinceles y escopinas.

El día del quinceavo cumpleaños llegó y las invitaciones fueron repartidas a las familias más distinguidas de Oldberry y sus alrededores para asistir a una gran gala bajo las estrellas. Sin embargo, hechos todos los preparativos, lady Catherine se negó a bajar al salón y permaneció escondida en sus habitaciones.

—¿Qué hay de interesante en la ventana? —preguntó su padre al llegar junto a ella.

—Creía que hoy habría una estrella fugaz. Es mi cumpleaños, deseaba pedirle que se llevara la maldición para tener una vida normal.

—Pues yo creo que esa estrella ya apareció.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Justo frente a mí. Estás preciosa —Sir William sonreía con verdadero orgullo—. Si bajas ahora, aún serás capaz de deslumbrarlos a todos.

La joven sonrió apenada. Le dijo a su padre que lo pensaría y cuando al fin estuvo sola, cerró la ventana y salió de su habitación. No llegó a bajar al salón, no era esa su intención. Siguió subiendo hacia el entretecho que daba a la palomería. Abrió las compuertas, apoyó un pie sobre el marco y observó a los asistentes reunidos todos entre risas, bebidas, vestidos de encajes y trajes elegantes. Había vivido quince años, tal vez fuera poco para una vida, pero para ella, había sido suficiente para saber que no necesitaría otros quince más.

Entonces, extendió los brazos como si fueran alas y brincó.

Los asistentes gritaron de júbilo, señalando hacia arriba mientras contemplaban fascinados: sobre la mansión de los Dankworth, justo acababa de pasar una brillante estrella fugaz.

Camila Miranda
Técnico en Bibliotecología y Documentación.

Historia de una bombera

Cuando era pequeña, mi sueño era ser bombera. Siempre veía bomberos cerca de mi casa porque había un grifo cerca que les abastecía de agua para el carro bomba de esos bomberos cansados con sus equipos sucios. Pero pese a que estaban cansados, siempre se veían felices.

Un día me atreví a hablarles y me acerqué a un bombero y le pregunté:

—¿Qué es lo que hacen?

Y el bombero, con una noble sonrisa, me dijo:

—Ayudamos a la comunidad y animales que se encuentran en peligro o en problemas; cuando se quema una casa, accidentes vehiculares, rescatar a personas encerradas, quema de vehículos, personas atropelladas, personas que necesitan primeros auxilios, personas perdidas en el cerro; cuando se encuentra emanación de gas, caída de algún avión, rescatar un gatito en un árbol, rescatar animales encerrados que no puedan salir por sí mismos, incendios forestales, desastres naturales como terremotos, tsunami, inundaciones y también quema de pastizales, incendios estructurales, etc. Nosotros estamos orgullosos de ayudar, prestar servicio y todo lo que hacemos lo hacemos de corazón.

Cuando terminó de enseñarme qué es lo que es ser bomberos, me sonrió y me dijo—: Algún día tú serás bombera.

Aquellas palabras para mí fueron de alegría y felicidad. Me ilusioné con ser bombera y me imaginaba trabajando como ellos, ayudando a las personas y a los animales, salvando vidas y bienes.

Después de un tiempo, cuando cumplí dieciocho años, me inscribí a los bomberos; me recibieron con los brazos abiertos.

Un bombero me dijo que este era mi comienzo para ayudar a las personas, que para eso tienes que estudiar harto, y siempre trabajar en equipo, por ejemplo: si te encuentras en un incendio, entran dos y salen dos.

Un día me encontraba en el cuartel sola y estaba practicando cómo colocarme el equipo para ser más rápida y aportar, cuando de repente escuché la sirena. Había una emergencia, una familia necesitaba de mí porque su casa se estaba quemando.

Estaba lista, subí al carro y el conductor del carro me dijo—: Confío en ti, todo va a salir bien.

En el llamado me di cuenta de que todos aportamos en algo. Venían bomberos en sus autos, en carros de bomberos; otros bomberos ayudaron con tiras pitoneando desde otro sector para que no se quemaran otras casas; otros bomberos se subieron a los techos para ventilar; carros de bomberos abasteciéndose con otros carros y yo me encontraba con un compañero dentro de la casa para extinguir el fuego.

Me di cuenta de que es fundamental trabajar en equipo, que es esencial ayudar.

En el llamado vi a los carabineros que controlan el tránsito, a los vecinos que ayudan a traer materiales que le piden los bomberos, la ambulancia en caso de que una persona sufra una lesión, quemadura o se desmaye.

La ambulancia brinda primeros auxilios en conjunto con los bomberos, y estos dispuestos a ayudar.

Este fue mi primer llamado. Me encantó que todos trabajaran y yo haber ayudado.

Desde ese día hasta hoy, soy bombera.

Tengo dos familias: una natural y mi familia bomberil.

Sé que, si me pasa algo, cuento con mis dos familias.

Estoy orgullosa de ser bombera, amo lo que soy. Ayudar sin recibir nada a cambio y mi corazón está lleno de gratitud.

Por eso, lucha por tus sueños, que nada ni nadie te impida lograr tus anhelos.

Nataly Zapata
Técnico en Enfermería.

La chica del sombrero rosa

Vean a la chica de sombrero rosa, quien cabizbaja camina por la ciudad sin un rumbo determinado. Nadie ha visto su rostro porque siempre se la ve caminando con la mirada en el suelo y a pesar de eso, parece conocer las calles como la palma de su mano pues nunca ha chocado ni tropezado con nada ni con nadie.

Ninguno sabe de dónde viene, pero las personas que han tenido la dicha de encontrarla aseguran que siempre va caminando y moviéndose al ritmo de la música o de una canción que solo ella puede escuchar. Mucho misterio hay en torno a esta chica porque, si bien, nadie sabe quién es, se le ha visto conversar con los perros que se encuentra en la calle en diferentes lugares.

Quizás ella va donde su intuición la lleve, pero siempre acompañada de su distintivo sombrero rosa. Sin importar si llueve, nieva, haga frío, calor o azote un viento feroz, siempre lo lleva consigo mientras camina, moviéndose al son de un ritmo que solo ella es capaz de escuchar.

~ Aura ~
Técnico en Bibliotecología y Documentación.

La Muerte y su soledad

La Muerte es un ser muy solitario. No porque ella quiera, sino porque su trabajo lo amerita, el cual no es fácil: pasar desapercibida, sigilosa y silenciosa, escondida entre las sombras, esperando pacientemente a que llegue el momento de guiar a las almas perdidas al lugar al que deben ir. Incluso las que aún no están listas para abandonar este plano terrenal. Cuando esto ocurre, se aparta por un momento y les da su tiempo, el que necesiten para cumplir sus asuntos pendientes y poder irse tranquilas al más allá.

Su trabajo también es un poco ingrato. Siempre se le señala como la villana que arrebata la vida y se lleva lo más hermoso de este mundo, cuando en realidad solo está cumpliendo la misión que le ha sido encomendada: la de acompañarte por el camino hasta el lugar al que debes llegar.

Sinceramente, no envidio su trabajo; ir de un lugar a otro recolectando almas para luego ver cómo cada una de ellas va alejándose, dejándola sola y sin amparo, una vez más. Por eso no me gustaría estar en su lugar, vagando de aquí para allá, condenada a una rutina eterna, malagradecida, triste y sin compañía.

~ Aura ~
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Lo distinto y lo normal

Si quisieras decir algo... ¿qué dirías?

La vida no le ha permitido a este personaje decir lo que quisiera.

¿Por qué el mundo debería opinar, restringir o acallar su voz?

Siendo infante aprendió el silencio, no lo disfrutó, pero lo conocío. Quisiera haber hablado, cantado, gritado, llorado y reír a carcajadas. Había reglas tácitas, nadie le dirigía la mirada. ¿Existía o le parecía que existía? Nunca hablaron de emociones, de sentimientos o de expresiones. A su alrededor había sonidos, ruidos, música, bulla, ladridos de perros, bocinas de vehículos, sirenas de vehículos de emergencia, voces, risas, llantos, aullidos y gritos.

Una vez lloró...

Y se sorprendió ¿Por qué sentía “eso” en su pecho? ¿Cómo se llamaba “eso”? ¿Por qué caía agua de sus ojos? ¿Quién hacía eso? ¿Quién botaba agua de sus ojos? ¿Por qué no podía frenarlas? ¿Eso era llorar? ¿Era una emoción o un sentimiento?

Ha pasado mucho tiempo, este personaje ha crecido, ha evolucionado por distintas etapas. Algo hay en su interior que le limita de forma implícita a su ser. Esa evolución ha conllevado demasiados cambios.

Este personaje formó una familia con quienes ha vivido una metamorfosis en la que solo se puede dar y explayar en ese ambiente. Aquí ama, vive, ríe a carcajadas, sonríe, canta, llora, se enferma, se alivia, expresa necesidades, gustos y disgustos.

¿Qué sucedió en su interior? ¿Por qué puede tener opinión en este espacio?

PORQUE ESTE ES SU MUNDO, SU CREACIÓN, SU TRASCENDENCIA.

En el transcurso de los años, estuvo en una evolución constante, tratando de adaptarse al mundo. Este personaje siempre estuvo ligado a un psicólogo y a un psiquiatra.

Intentó suicidarse, estuvo de paso por el hospital psiquiátrico. ¿Por qué le amarraban a una camilla? ¿Por qué personas desconocidas querían influir en su decisión? Le sacaron de la camilla y le traspasaron a otra, un tipo de mesa metálica, muy fría y le dejaron a solas por mucho tiempo en la habitación con llave. Hasta que llegó un viejo de bata blanca (o quizás alguna vez fuera blanca), no le dirigió la mirada ni la palabra, solo le inyectó algo en su brazo izquierdo y se fue...

Etapa superada.

Saldría al mundo y aparentaría normalidad. Pero ¿qué es normal? Trató de imitar a las personas “normales”.

Muchos años más adelante en su vida, logró ocupar un espacio en el mundo. Ahora, sentía que le veían. Había entregado tanto al mundo a su manera y ahora sentía que era el momento indicado de irse. Conscientemente estaba planeando su viaje a otro ambiente. Se irá, se alejará de quienes ama con todo su corazón.

Se alejará también de la hipocresía que vivió, de las sonrisas falsas, de los abrazos traicioneros, del cinismo, del dolor, de la impotencia, de la desigualdad, del abuso, de todo lo que le indigna y no pudo cambiar.

Volará, solo volará, no irá a ningún sitio, no desea ningún lugar, ni distinto ni igual al que conoció.

Libertad, libertad después de la trascendencia espiritual y el legado que dejó en el corazón de su familia.

El resto del mundo ya no importa.

La trascendencia es primordial en el ser humano, involucra un legado y, desde donde esté, mirará ese legado:

Plantó un árbol (mejor dicho, varios).

Tuvo un hijo (bueno, en realidad fueron dos).

Escribió un libro (mmm, no publicado, pues la cantidad de los escritos y lo disperso de las ideas no alcanzaban para un libro, pero escribió algo que leería un público).

Agregar que tuvo una nieta; más trascendencia.

CONOCIÓ LA FELICIDAD.

Carmen Alarcón
Técnico en Trabajo Social.

Marea alta

Llorando.

Sí, eso es lo único que ha estado haciendo, por mucho tiempo, tal vez desde el día en que nació.

Sus mejillas arreboladas arden con intensidad contra el aire salado del mar. El mismo mar cuya marea sube hasta cubrir sus rodillas y el borde del vestido blanco con cuello azul de marinera que lleva puesto. Las zapatillas de tela que cubren sus pies están sumergidas bajo el agua fría; apenas siente los dedos.

Cuando entró al mar, el sol estaba alto en el cielo, quemando su nuca, pero ahora, el sol está tímidamente ocultándose tras nubes rojizas. El ocaso es un apasionado escarlata y aun así ella lo ve opaco, no tiene nada interesante en sí mismo.

A ella siempre le ha gustado el mar, el sabor a sal en sus labios, el viento gélido que revuelve su cabello, lo diferente que sabe la comida cuando es consumida desde la costa, los barcos lejanos en el horizonte buscando puerto, las olas que la derriban cuando avanza en la endeble arena.

Ama lo infinito que parece el mar.

El mar parece no tener fin, extendiéndose más allá de lo que sus ojos pueden imaginar siquiera, y tan, tan profundo que aún nadie conoce por completo.

Tal vez, ella es como el mar, de alguna manera.

Esa mañana salió diciéndole a su madre que iba a visitar a una amiga que vivía lejos. Su madre le dijo que no llegara tarde. Sus amigos tampoco sospecharon nada cuando les canceló de la nada, la noche anterior, la salida. Mucho menos sospecharon sus compañeros de la universidad. Pero eso había sido una mentira, les había mentido a todos; una buena mentira, nadie había sospechado nada, ni siquiera el que hubiera dejado las llaves y el celular, llevando solo lo suficiente para el viaje en bus hasta la playa.

No planeaba volver.

No soy el tipo de persona a la que extrañarían.

Tal vez su vida siempre había pertenecido a ese lugar, desde que sus padres la habían llevado por primera vez cuando era niña. A esta playa larga y solitaria, una playa como otra entre miles.

Era una playa tan triste, apenas había visto un par de señoritas caminar tomadas del brazo sobre el camino de madera a unos ocho metros del agua durante la mañana. Solo vio un perro solitario que se paró a lamer su mano; su lengua había sido húmeda pero cálida.

Tal vez ella es como esta playa de alguna manera.

Sus piernas se sienten rígidas y tiesas por el frío del agua, cansadas por haber estado por horas cargando con el peso de su cuerpo.

Su cuerpo... Siempre se sintió pesado para ella, pero no por sus huesos, ni músculos, no, eso no era lo que le pesaba. Aunque tampoco podía estar segura de qué era.

Esta inquietud que carga en su espalda, la ha tenido desorientada por años, siempre lo ha hecho. Desde el momento que lo notó, no ha sido capaz de sacarlo de su cabeza.

Tal vez ella nació así.

No ha podido sino pensar, ¿por qué? No le ha ocurrido nada remarcablemente triste en su vida, pero, nada remarcable ha ocurrido alguna vez: padres normales, amigos normales, notas normales, apariencia normal... Una existencia normal, dolorosamente ordinaria.

No tengo nada de especial.

El mar está en todos lados. Hay peces, algas y sal en todos lados del mundo, siempre está ahí. El mar en verdad no tiene nada de especial. Si alguien quisiera ver peces, iría a un acuario o una pescadería. Si alguien quisiera sal iría al supermercado, si ella quisiera ahogarse lo podría hacer en la tina de su baño.

La marea sigue subiendo, ahora pegando la falda de su vestido a su cuerpo.

En verdad nunca ha terminado de entender la profundidad de los sentimientos melancólicos que la mantienen tarde en la madrugada despierta con congoja.

¿Siquiera hay una razón para sentirse triste?

No lo sé.

Todo el mundo vive preguntándole qué está mal, cómo pueden ayudarla, pero ¿puede ser ayudada?

Nadie puede hacer nada, ni siquiera yo. Es como si hubiera nacido así.

¿Qué pasará cuando la marea la alcance? ¿Va a esperar hasta que el agua cubra su cabeza? ¿Entonces...?

Entonces, ¿qué?

Va a seguir esperando que una fuerza superior decida por ella. ¿Eso quiere? ¿Acaso dejará que la soledad en su alma la consuma sin hacer nada? ¿Dejará al universo, en su lugar, decidir?

No soy una persona con iniciativa, después de todo.

La luna ya había usurpado el lugar del sol en el cielo, ya no había nube alguna, sino millones de estrellas lejanas, tan lejanas que nadie podría alcanzarlas.

Tal vez ella es como esas estrellas.

Incluso desde el mar, esas estrellas son corrientes, las puedes ver desde cualquier lado.

Cuando la marea alcanzó su pecho, causando que un escalofrío como un rayo atravesara su columna, en ese momento, su cuerpo reaccionó inesperadamente.

Moviendo con locura sus brazos empieza a chapotear contra la corriente, sus piernas acalambradas moviéndose más rápido de lo que la presión del agua le permitía. Desesperada, avanza hacia la orilla de la playa con su vestido pesando contra su cuerpo, jalándola de vuelta a las desconocidas profundidades. El vestido que compró en un impulso, pensando que le gustaría tener algo único, confabula contra ella.

Este vestido era el único en la tienda, era especial, no hay otro igual.

Ese vestido era el único de su tipo, producido en masa, que había quedado en los ganchos.

No se entiende, no entiende el mundo, se siente arrastrada contra la corriente, incapaz de vislumbrar la arena ni el camino de madera que rodea la playa.

Ella había pensado que esto era lo que quería, dejar de pensar para no sufrir por un sufrimiento inentendible, que parecía haber nacido con ella.

No quiero afrontar lo que no me gusta de mí.

Ella había rechazado ese dolor, quería huir de él, de la vida.

No quería enfrentarme.

Entonces, su voz ronca rasgó su garganta en un grito desesperado, naciendo con furor desde el fondo de su corazón. Su garganta duele, le cuesta respirar, sus labios se hallan partidos por la sequedad y sus ojos hinchados son dolorosos de mantener abiertos. Pero ella es capaz de sentir todo eso, es capaz de sentir más que la indiferencia que dilapida su alma.

A pesar de todo sigo viva.

Ella, quien no es ruidosa, ni jubilosa, que no gusta particularmente de sí misma, quien siempre está callada y pensativa. Ella, quien no puede ser alguien más. Ella, quien no nació especial. Ella, quien es una más entre millones.

Y, aun así, ella con certeza es como la marea.

Ella está rebosante con esa misma vida que sube y baja, llena de cosas pequeñas y preciosas.

En su lucha contra las abrasivas aguas gélidas que intentan ahogarla, logra salir triunfante, respirando por su boca como un pez, con sus ojos saltones temblando, jalándose con ímpetu fuera del mar hasta caer sobre la arena, cae de cara en la arena, como un saco pesado.

Su frente, nariz, párpados y boca están llenas de arena, pegándose como escarcha a su piel. La arena bajo su cuerpo... está caliente.

El frío del agua y el calor de la arena de la playa... Ella es capaz de sentir ambos.

La marea sigue subiendo y subiendo, buscando la punta de sus pies.

A pesar de todo, la marea sigue subiendo.

El sonido de las olas, a pesar de no estar tan lejos, se siente extraño a sus oídos, como si no pudiera alcanzarla, como si nada

hubiera pasado. Aunque su respiración agitada y su cuerpo húmedo dicen lo contrario.

Al darse vuelta, su cuerpo entero se ha fusionado con la arena, al abrir sus ojos ardorosos, puede ver un cúmulo de estrellas, un ordinario y nada especial cúmulo de estrellas que alguien más debe estar viendo al igual que ella.

—El mundo... no tiene nada de especial.

Y eso... la hace sonreír.

~ Truffa ~
Técnico en Bibliotecología y Documentación

No te olvides de la canela

Todas las noches antes de dormir, mi abuela me arropaba, me besaba en la frente y me decía que no me olvidase de rezar, acción que no dudaba ya que, a mis ocho años, lo que ella me decía siempre lo tomaba en cuenta sin refutar, no sé si por el cariño o el respeto que le tenía. Éramos bastante cercanas. Desde que ella supo que venía a este mundo, se aseguró de demostrar su amor hacia mí y yo, conforme fui creciendo, siempre lo sentí y agradecí de tener a tan tierno ser a mi lado.

Había días en los que mi abuela se comportaba un tanto extraña, recuerdo que los primeros jueves de cada nuevo mes ella se paraba desde afuera, en la puerta y soplaba canela molida hacia dentro de la casa. Otros días quemaba “palo santo” e iba esparciendo el humo por cada rincón del hogar. Su casa tenía un gran espejo colgado en una pared, a la vista al entrar por la puerta principal, lo que te tomaba desprevenida si no conocías que este estaba, ya que tu reflejo era lo primero que veías.

Los aromas de incienso y mirra siempre predominaron en su habitación, la cual rara vez dejaba abierta y siempre tenía las cortinas cerradas, incluso en el caluroso verano de la zona. Era por esto que a mí nunca me llamó la atención entrar, ya que me parecían bastante fuerte los olores. No eran desagradables, sino que me hacían sentir una especie de tensión e incomodidad cuando entraba. Cualquiera podría sentir cómo la habitación te absorbía y solo querías dejar la luz y el aire pasar por la ventana.

A pesar de que ella tenía estas costumbres, jamás la vi como a “una bruja”, pues así le apodaron en las parcelas donde vivía. Por el contrario, yo solo veía a una mujer de gustos particulares que adoraba acariciar una gran estatua en honor a su difunto gato Amadeo. Disfrutaba bebiendo té de todas las hierbas imaginables, prender velas todos los domingos por la noche y bailar a la luz de ellas. Por lo que, cuando cumplí quince años, decidí ir a mudarme con ella ya que mis padres se habían divorciado y decidí no jugar a

escoger a alguno de ellos para vivir hasta que pudiera independizarme. Mi abuela, claramente, no tuvo inconvenientes y me acomodó uno de los cuartos que tenía su gran casa. Era bastante acogedor, las paredes tenían un color dorado y unas runas dibujadas sobre el techo.

Las noches allí eran tranquilas. Se acercó el invierno y con este, el mal tiempo que afectó a mi viejita. Cayó hospitalizada un martes 3. Todos nos preocupamos por ella, por su edad debíamos cuidarla a pesar de que gozaba de buena salud gracias a su estilo de vida. No dejamos pasar este susto y el único remedio fue internarla, a lo que el médico nos dio buenos pronósticos.

Fui a verla el miércoles apenas salí de clases. Ella estaba leyendo algo cautelosamente como siempre lo hacía, ya que a sus libros siempre los tapaba con fundas y decía que era “para que no se deterioraran”. Me senté a su lado, ella cerró el escrito y me dijo con una suave y calmada voz—: Mañana es jueves, el primero de este mes, ya sabes lo que debes hacer en casa antes de irte a estudiar.

Me quedé pensando por un segundo, tratando de recordarlo, hasta que por fin—: Claro, dejaré todo preparado para que no se me olvide.

Se trataba de soplar la canela molida.

—Es muy importante que lo hagas, piensa en que la casa vive de esto, gracias a este polvo es que se mantiene todo en su lugar y *él* no sale a caminar.

Sonrió. No le presté mayor importancia a esto y conversamos acerca de la clase. Luego de un rato me despedí y me fui.

El camino a casa fue bastante agotador, sentía un gran peso en mi espalda y necesitaba descansar, por lo que llegué, acaricié la estatua de Amadeo y fui a recostarme un rato.

Pasaron las horas y de pronto abrí los ojos de golpe por el despertador de la mañana. Sin hacer más, me levanté, tomé una ducha, desayuné y me fui al colegio.

Ese día me quedé mirando una película al llegar a la casa, preparé comida para acompañar el momento. Mi mamá me había dicho

que ella cuidaría a la abuela, así que tenía la tarde para mí. Encendí una radio bastante antigua que había en la cocina, pero que aún funcionaba. Como no sabía de estaciones que se escucharan en el lugar, dejé la que estaba puesta y me puse a cocinar.

Pasaron unos minutos y de pronto la música se cambió a sí misma. Pensé que como era una radio vieja ya estaba dejando de funcionar y no le di importancia.

Terminé en la cocina y la apagué, me fui a la sala, prendí la televisión, proyecté la película y me senté a disfrutarla. Sin darme cuenta, me había quedado dormida y ya todo estaba apagado. Me extrañó que ni siquiera sintiera sueño y así, sin más, había despertado luego de unas dos o tres horas, por lo que solamente me levanté, retire las cosas del salón y me fui a la cama. Mi habitación se sentía bastante vacía y fría, así que me abrigué y me quedé sobre las frazadas leyendo un rato.

Pasada la medianoche se me abrió el apetito, por lo que decidí ir a buscar algo para comer. El pasillo se veía bastante oscuro, opté por prender la luz, pero para lograrlo debía llegar al principio de este y dar con el interruptor. Una vez en la cocina, me dispuse a beber leche y comer galletas cuando, de pronto, escuché un chasquido de fuego tratando de encenderse en algún lugar de la casa. Como estaba todo en completo silencio, supe de inmediato de qué se trataba. Así que dejé calentando el bebestible y me dispuse a asomarme al pasillo para escuchar mejor, pero una vez hice esto, el sonido cesó.

Comí y luego fui nuevamente a la cama, pero cuando apagué la luz del pasillo, escuché nuevamente el encendedor. Me quedé un segundo inmóvil pensando de dónde podría venir, pero el sonido rebotaba por toda la habitación. Me devolví al interruptor. Encendida la iluminación, pude notar cómo la puerta de la abuela iba abriendose lentamente y con esta, se escuchaba un débil maullido, así que decidí ir a investigar sin hacer ruido, ya que tal vez se había metido un gato a la casa y no me había percatado.

Al llegar a la puerta, sentí como siempre el olor a incienso y mirra. Prendí la luz, pero no encontré nada. Me di media vuelta dispuesta a irme cuando, de pronto, devolví la mirada y sobre la cama pude apreciar una pequeña, pero ancha hendidura, como si estuviera recién hecha. Me acerqué para verla mejor. Claramente algo había estado ahí ya que, al poner mis manos, el espacio se sintió tibio. Me preocupé un poco, revisé que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas y efectivamente lo estaban, así que nuevamente me fui a mi cama. Apagué todas las luces y una vez cerrada mi puerta, escuché cómo por fuera de la habitación alguien pasó caminando pesadamente, lo cual me sorprendió e hizo que rápidamente abriera la puerta, pero no pude ver nada, solo el oscuro pasillo y un poco de la tenue luz de la luna llena de ese entonces. Lo atribuí a mi imaginación y no hice más que dignarme a dormir sin pensar en escuchar nada más.

El viernes me quedé estudiando con unas amigas por lo que tampoco podría ir a visitar a la abuela. Como ella no usaba celular solo podía saber acerca de su estado por mis papás, los cuales me decían que pronto se iría a casa, así que el fin de semana debía ordenar todo para recibir a la viejita el lunes siguiente. Me despedí de todas y me marché a dormir.

Al día siguiente, desperté muy temprano ya que la luz de la ventana daba justo en mi rostro, me levanté para cerrar la cortina, pero para mi sorpresa, esta no estaba por ningún lado. Así que me devolví a acostarme, pero cuando di la vuelta, tocaron tres veces en la ventana, de forma pausada y notoria. No pude evitar voltear, y al momento de hacerlo, una gran sombra que estaba posada en el ventanal desapareció rápidamente. No puedo negar que me asusté, pero como siempre busco la lógica, solo me dije que era un pájaro que justo se había posado ahí. Intenté dormir nuevamente, pues era muy temprano, pero sin éxito. La luz se sentía muy intensa y tenía el fuerte sentimiento de que había olvidado algo. Decidí ir a dormir a la habitación de mi abuela, allí no me molestaría nada. Una vez instalada en la cama, me tapé lo que más daba la sábana y fue hasta

cuando estaba entrando en el sueño que sentí cómo algo me hacía presión en las piernas... como si estuviesen sentándose en ellas. Mi impulso fue ver qué era lo que estaba encima, pero al hacerlo, no encontré nada.

Ya entre sueños tenía pesadillas con la habitación, alguien rasguñaba las paredes y decía:

—Ahora sí podré volver, la puerta fue abierta para ya no marcharme.

Mientras, se escuchaba una risa burlona por todos lados y maullidos de fondo.

Yo podía sentir la presión por despertar, pero no podía, algo me lo impedía. De pronto, empecé a oler el incienso que la abuela siempre encendía, su olor se sentía tan potente, casi como si estuviese a mi lado... Después de varios intentos por despertar, lo conseguí. Sudada y exaltada, me senté en la cama y miré lentamente hacia mi derecha. En la mesita de luz se encontraba un incienso encendido recientemente. Pensando en que mi abuela había llegado, corrí a buscarla, la llamé por todas partes, pero no me respondía. Empecé a llorar, no sabía el porqué, pero algo me angustió y para cuando me di cuenta de dónde estaba, el pasillo estaba a oscuras y había anochecido. ¿Dormiría todo el día? Ni siquiera sentía hambre o sed, pero aun así fui a la cocina a prepararme algo de comer. Una vez allí, la radio se encendió a todo volumen y me hizo gritar, corrí a apagarla, pero algo pasó... ¡Estaba desenchufada! Luego de un minuto se terminó por apagar y al fondo de la habitación, la puerta de la abuela se abrió. De allí se escuchó un encendedor y una gran risa macabra que me heló la sangre por completo. No sabía qué hacer, mi celular estaba en mi habitación y para conseguirlo debía cruzar el pasillo. Medité unos minutos, me armé de valor y fui a buscarlo.

Al llegar al corredor la luz no se encendió. Por más que intenté fue en vano, así que solo corrí al cuarto. Una vez que llegué, cerré fuertemente la puerta y me puse a buscar por todas partes el aparato, pero sin lograr encontrarlo, hasta que de pronto... recordé que lo había dejado en la pieza de la abuela.

Sentía la necesidad de llamar a alguien de mi familia para que viniera por mí, así que abrí mi puerta y casi sin meter ruido, caminé a la habitación final, la cual lentamente empezó a abrirse. Al hacerlo, se podía ver cómo escapaba el humo del incienso. Mi corazón estaba agitado, mis manos y piernas temblaban. Lentamente abrí la puerta y noté que una vela estaba encendida; era domingo a medianoche, la abuela a esta hora siempre la prende, pensé. Una vez dentro de la habitación, sentí un silencio agobiante. Busqué el celular por todos lados, pero no estaba. Luego, en la cocina, escuché que alguien llamaba por este. Me heló la sangre ya que yo no lo había dejado allí. Me di la vuelta para ir a la cocina y de pronto, una corriente de aire entró por la ventana, apagó la vela y cerró de golpe la puerta. Me extrañé de que estuviera abierta ya que jamás lo estaba y días anteriores la había supervisado. El celular no dejaba de sonar, intenté abrir la habitación, pero algo del otro lado la sostenía. Podía ver una gran silueta fuera. Mientras forcejeaba, en la ventana se escucharon tres golpes, los mismos que había sentido anteriormente, aunque esta vez no fueron tan pausados, sino más rápidos y agresivos. Empecé a llorar, no sabía lo que estaba pasando. Me senté en el suelo confundida y una vez que dejé de sollozar, tomé aire y me dispuse a abrir la puerta, la cual ahora sí pude abrir. Me asomé por el pasillo, seguía oscuro, así que lentamente y sin hacer ni un escándalo, empecé a caminar en busca de mi celular, el cual ya no se escuchaba.

Una vez llegando a la cocina, encendí la luz del salón y me sorprendió que en el sillón había un gran bulto negro. Grité sin pensar en nada y este soltó un estruendoso maullido. Me quedé en silencio, petrificada. ¡Qué era lo que estaba pasando! Corré a la cocina. No encontraba mi celular. De nuevo me sentí frustrada, sin saber qué hacer, me eché a llorar y empecé a escuchar cómo esta cosa caminaba hacia mí. Me escondí bajo la mesa de la cocina, tapé mi boca y esperé a que nada pasara, pero para mi sorpresa, los pesados pasos se sentían cada vez más cerca. Hasta que finalmente llegó a la cocina. Se paró frente a la mesa, podía ver sus pies, eran grandes y pelu-

dos, no se veían amigables, parecían despeinados y maltratados. Mi respiración se podía sentir, así que puse mis manos sobre mi boca y presioné con fuerza. Rogando porque no me escuchara, comencé a rezar en mi cabeza. Al minuto que lo hice, este ser comenzó a reír maliciosamente y dijo a viva voz:

—¿En serio crees que eso me detendrá?
Y continuó riendo.

Yo me quedé inmóvil, no pude continuar, no sabía cómo, lo que sea que estuviese allí, había adivinado lo que estaba haciendo en mi cabeza. Lanzó un fuerte maullido y de un segundo a otro, puso sus dos patas restantes en el suelo, estas no eran tan peludas como el otro par, se podían distinguir como manos, por lo que de pronto empezaron a asomarse por el mantel de la mesa, como si tratase de ver lo que estaba debajo de esta, donde me encontraba. Sentí que iba a caer desvanecida... Fue cuando esta cosa levantó el paño y me dejó ver su horrorosa, peluda y mal cuidada cara que grité y me desvanecí.

Apenas desperté, lo hice de golpe.

Me encontraba en el sillón donde mismo me había quedado viendo aquella película el jueves por la tarde en casa, con los aperitivos por todo el piso y una nota en la tv apagada. En esta decía:
“¡No olvides soplar canela!”

Valentina Martínez
Técnico en Gastronomía.

Once para un cuento

I

Con una mano dentro de su abrigo y la otra afirmando la bolsa del pan para la once —junto a su esposa y la familia de su hijo, que los visitaban como todos los meses—, avanzaba con ese andar renqueante tras una inacabable jornada de trabajo.

Cumplía cincuenta y cinco ese mismo día. Hace un tiempo notaba que las piernas le pesaban, el pelo que no se le caía en la ducha comenzaba a teñirse de blanco y sus orejas empezaban a ser asediadas por un escuadrón de largos vellojos, propios de la vejez que lo alcanzaba. Lunes a viernes, la misma rutina: el despertador lo arrancaba de sus fauces oníricas para arrastrarlo, como cada vez, a una realidad que dejara su tan propio brillo atrás, años ha. Una ducha no tan larga como quisiera y un desayuno más insípido del que gustara. Solo el beso en la frente de su mujer le quitaba lo arisco a sus labios. Luego, se subía a ese transporte hastiado de personas que, como él, añoraban tener otra realidad. También estaba la oficina; mismo tratamiento cada vez. Ahora, de regreso a su hogar en lo profundo de Maipú. Se cambió la bolsa del pan de mano porque sus falanges comenzaban a acalambrarse y coger un tono violeta. Y de pronto recordó la última vez que subieron al Metro juntos, él y su nietecito.

¡Tata, créeme!, saltaba entusiasmado el pequeño Tomasito. Su abuelo sonreía, le seguía el juego. Te creo, te creo, le decía con todo ese amor que rebozan los abuelos. ¿Cómo eran? ¿Los acabas de ver?, indagaba. ¡Se fueron debajo de las ruedas! Estoy seguro que esconden algo. ¡Eran enanitos, tata! El hombre lo miró con la cabeza inclinada, sin soltar su mano. Seguramente eran ratones los que viste, hijo. El pequeño se largó a reír y luego zarandéó la mano de su abuelo. ¡No, no! ¡Los vi! ¡Tata, los vi, eran enanitos!

La cacofonía en ascenso del tren que llegaba a la estación lo arrancó de sus recuerdos y se supo sonriendo. Enanitos, se dijo. Los niños y sus fantasías...

El tren, en el andén de enfrente, cerró sus puertas y comenzó su marcha. Avanzó unos pasos sin traspasar la línea amarilla y posó sus ojos en las ruedas. No podía creer que estuviera haciendo aquello. Pero para su sorpresa, algo vio moverse entre estas y no eran ratones. No, claramente los veía caminar y fundirse bajo la maquinaria, como si allí descansara un portal a una realidad desconocida. Ante su incredulidad de adulto, frunció el entrecejo y lo negó todo. Estúpido, se dijo y retrocedió unos pasos. Luego, con un disfrute extraño de la situación, se propuso esperar hasta el próximo tren del andén contrario. Solo serán cinco minutos, se dijo el adulto que intentaba volver a ser niño, que buscaba llevar una buena historia a su nieto.

II

A cinco metros de ella, un hombre de mediana edad con una bolsa de pan y una mano en el bolsillo perdía su tren. Ella esperaba a su pololo.

III

En casa, el hijo disfrutaba del tiempo con su madre mientras su esposa veía anime con el pequeño. Al niño le gustaba mucho. No entendía los capítulos del todo, pero solía reírse con ese humor particular; sin embargo, entre escena y escena, veía el reloj colgado sobre el televisor.

—Le entregaremos un regalo mucho muy grande al tata, ¿cierto, mami?

Su madre le revolvió los cabellos con una sonrisa que asentía.

IV

El siguiente tren que ingresó en el andén contrario fue eclipsado por el que penetró en propio. Puso sus ojos en blanco. ¡Qué mala suertel! Pero se había decidido a ello. ¿Qué haría al llegar a casa con su familia si realmente consiguiera verlos bajo las ruedas? Lo primero sería contárselo a Tomasito. ¡Tenías razón!, le diría entre risas.

El tren abrió las puertas de los vagones y tras que la gente descendiera, un hombre al abordar le golpeó al paso el hombro. Disculpe, le dijo, pero él no se inmutó. Nada le arrebataba su concentración. No retrocedería un paso, aunque lo empujaran una y otra vez.

V

Cuando el tren abandonó la estación, ellos se besaban y abrazaban. Dos semanas sin verse, sin tocarse. No era extraño que no se quisieran separar el uno del otro. La mujer cerraba los ojos y sentía los colores que le transmitía la esencia del perfume de su pololo; él, suspiraba de ojos cerrados. Era uno de esos momentos eternos, donde el resto, simplemente, desaparece.

VI

Nuevamente cambiaba la bolsa del pan de mano. La espera se le hacía eterna. Ahora estaba al borde de la línea amarilla del andén, con su cabeza inclinada hacia el túnel contrario donde debía aparecer el tren que lo sacaría de toda duda acerca de los enanitos que viera Tomasito y, quizás, él mismo hacía minutos.

¡Los rieles! Estos comenzaban a chillar. Ahí viene, se le escapaba el pensamiento en voz alta. A su lado, una mujer se alejó un paso.

Poco a poco, el tren detuvo su marcha. El hombre pasó a concentrar su mirada en las ruedas (y bajo estas). ¿Qué eran esas figuritas que salían de las ruedas metálicas y desaparecían bajo los vagones, yendo a su mundo, su propio mundo?

—Existen, Tomasito —soltó.

VII

La mujer se alejó un paso del hombre que pensaba en voz alta. ¿No tenía ya suficientes problemas para estar escuchando a un desconocido lanzando disparates? Su psicóloga le había comentado que su neurosis la estaba sobrepasando, pero... ¿Qué está viendo ese hombre?, se decía mientras llevaba su mirada a los rieles bajo el tren de la ruta opuesta.

Un lapsus la descolocó, pues consideró en echar a saltar en cuanto viniera el suyo.

VIII

La feliz y embobada pareja comenzó a andar para salir del andén. Al momento en que iniciaron su marcha, el tren de su andén ingresó a la estación. Ambos fijaron su vista enfrente, a pocos metros de ellos. Se frenaron. Algo musitó el hombre, apretando la mano de su polola. Todos de pronto gritaban; ¡una persona había saltado a las vías!

—¿Anita? —dijo incrédula la mujer.

IX

Tocaban la puerta.

El incidente del metro pasaría hacia más de una hora. Estaba saliendo por las noticias, pero nadie de la familia tenía puesto alguno de esos canales.

Nuevamente, un puño contra la puerta.

¡Ya van!, contestaron desde el interior. Alguien intentaba girar el pomo.

La puerta de la casa finalmente se abrió y allí, el pequeño se encontró con un hombre. Este abrió los brazos y le sonrió como todo abuelo amante de su familia. ¡Tata!, se le abalanzó para abrazarlo. El hombre ingresó con el pequeño de la mano y allí se encontró con su mujer, su hijo y su nuera. ¡No creerás lo que vi, hijo!, le dijo a su nietecito.

X

Aún consternados por lo ocurrido, uno frente al otro en el living del departamento; a altas horas de la noche, se miraban. Ninguno de los dos había visto tan de cerca un suicidio.

—¿Anita era tu paciente? ¿La mujer del andén?

—Sí... Ella... La diagnostiqué con neurosis histérica hace casi dos años. Una larga terapia. Verla justo en ese momento... ¿Cómo

se puede dejar llegar a una persona a ese estado? Espero nunca volver a ver cómo una persona se tira a las vías. ¿Te imaginas ser el conductor de aquel tren?

—Simplemente no lo asimilo.

—Al menos pudimos sacar a Anita de ahí. Gracias por ayudarme a llevarla para que la asistieran.

—También era mi paciente, cariño.

—¿Anita?

—Alberto, el hombre que se tiró. Tenía cincuenta y cinco años. Hace un año, su familia completa: esposa, hijo, nuera y nieto, fallecieron en un accidente automovilístico. Él sobrevivió; él conducía. Fue un choque lateral. Sus únicas secuelas somáticas fueron los problemas en sus brazos; neuropatías que le dejaron sin fuerzas sus manos. Sin embargo, lo peor fue que nunca aceptó la muerte de ellos. Cayó en un estado de negación. Comenzó a crear su propia realidad, el pobre Alberto. Cada mañana besaba y acariciaba la almohada pensando que era la frente de su esposa. Hoy temprano vino a mi consulta. No paró de hablar de su nieto.

—Pobre hombre.

—Al él solo le esperaba una casa vacía.

XI

El afortunado hombre abrazaba a su nieto, con su obsequio en su regazo y tomaba de la mano a su esposa mientras escuchaba a su hijo. Jamás se enteraría que fue el último en tocar el cuerpo de Alberto, de dirigirle la palabra. ‘Disculpe’, había dicho. Alberto, un hombre que hasta último momento confió en llegar a casa y tomar once con Tomásito y el resto de su familia. Y quizás lo lograra, después de todo.

Patricio Guerrero
Técnico en Bibliotecología y Documentación.

Un frasco de promesas rotas

Hubo una vez que conocí a una persona que siempre portaba un frasco vacío entre sus pertenencias. La veía constantemente ir de un lugar a otro con él y admito que la curiosidad me invadía, así que un día tomé el valor necesario, me acerqué a ella y le pregunté con qué fin portaba ese frasco si siempre estaba vacío. Asombrada, me respondió:

—No está vacío, está lleno de promesas rotas.

La respuesta me dejó perpleja y pedí que por favor me explicara mejor. Continuó, diciendo:

—¿Tú sabes qué es una promesa?

—Pues sí, en términos simples una promesa es un compromiso que se hace de forma verbal o escrita, un juramento que la o las personas en cuestión deberían cumplir.

—¡Exacto! Pero también, una promesa puede no ser más que un puñado de palabras vacías que, con el tiempo, se transforman en una sarta de mentiras.

Esa respuesta me dejó aún más perpleja. Al parecer, para esta persona las promesas rotas habían ido y venido en su vida, por definirlo de alguna forma. Supongo que mi cara demostró confusión, porque prosiguió a contarme parte de su historia, la que transmitiré a continuación:

Para empezar, ella recuerda que eran muy comunes cuando era niña, pero igual podía entender que sus padres recurrieran a esas pequeñas mentiras cuando era menor para no reconocer que no tenían dinero suficiente para comprarle las cosas que quería. No podía culparlos. Siempre presenció cómo ellos batallaban con el dinero y nunca se quejó porque, a pesar de eso, jamás les faltó lo esencial a ella y a sus hermanos. Así que, al cumplir trece años, siendo una persona más consciente de su entorno, dejó de exigirles cosas y comenzó a conformarse con lo que tenía. No la mal entiendan, ella no culpa a sus padres por no poder comprarle los juguetes que quería, hicieron lo mejor que pudieron con lo que tenían.

Lo que le molestaba, al principio, es que esto siguiera pasando aun siendo ya adulta. No directamente con sus padres, pero sí con las demás personas que conformaban su círculo social y familiar. Siempre fue una persona tímida y algo retraída. Recuerda la vez en que una orientadora, al conocerla, prometió que le ayudaría a superar esa timidez y cohibición; hasta se estrecharon las manos en esa ocasión para “cerrar el trato”, pero luego de aquel suceso siguió haciendo sus clases como si nada, olvidando el acuerdo que hizo con esta persona.

También me contó de esa vez cuando uno de sus primos más cercanos, al enterarse que iba a ser papá, le prometió que sería la madrina de su primogénito. Me admitió que estaba muy emocionada por eso; siempre quiso ser la madrina de alguien, pero en esa ocasión no pudo ser ya que perdieron al bebé al poco tiempo. Fue algo natural y triste a la vez para todos; un año después honraron a la familia con la noticia de que estaban esperando nuevamente, eso la hizo muy feliz y sinceramente pensó que la propuesta anterior seguiría en pie, pero se equivocó. Cuando la niña nació se la entregaron a otro pariente. Supuso que esa propuesta se había marchado junto con la pérdida anterior. Igual la reconfortaba saber que esa niña quedaba en buenas manos.

En una ocasión, en medio de una charla con otros familiares, surgió el tema de que nunca había ido a un bar y coincidentemente ese año cumpliría una nueva década. Entonces, sus primas, asombradas de descubrir eso dijeron que, como regalo, la llevarían a un bar la misma semana de su cumpleaños, aunque aún faltase un par de meses para dicho evento. Nuevamente creyó en ellos ya que, si bien jamás se atrevería a entrar a uno sola, le entusiasmaba la idea de ir acompañada por miembros que sabe que la cuidarían. Han pasado algunos meses desde que cumplió años y sigue esperando que se haga efectiva dicha invitación.

Me contó la ocasión cuando, durante un evento familiar, le contó a un pariente que estaba interesada en tomar clases de canto y casualmente, esa persona conocía a alguien que podía ayudarla. Dijo

que le enviaría su contacto por redes sociales, pero hasta el día de hoy no recibe noticias. También dijo que había un pastel de queso que debía probar y haría que le enviaran uno a casa; tampoco llegó. Y en otra ocasión, el mismo familiar, mencionó que le regalaría una corona de flores personalizada, como la que le dio a una de sus hermanas. No hace falta recalcar que no cumplió con su palabra. Supongo que no hay que creer en promesas dichas por una persona cuando esta tiene algunas copas encima, dijo ella.

Mencionó la vez cuando a uno de sus hermanos, a quien luego de una discusión, le criticara que solo la buscaba cuando necesitaba un favor, ni siquiera tan solo para saber cómo estuvo su día, pues hace tiempo que no viven juntos y su contacto ya no es tan frecuente como le gustaría. Aunque sí me reconoció que la brecha de edad entre ellos es algo distante y entiende que este hermano tiene su vida aparte, una familia de la cual cuidar y un trabajo que lo mantienen ocupado siempre. Pero alegaba ella que cómo era posible que esta persona no le pudiera dedicar, aunque fuera, cinco minutos a la semana solo para preguntar: “¡Hola, hermana! ¿Cómo estás?” o “¡Estoy aquí para tí!”, lo que la enfurecía y molestaba más. Luego de arreglar las cosas, me contó que su hermano le dio la razón, se disculpó y prometió que escribiría más seguido, no solo para solicitar ayuda; esa promesa duró solo dos semanas, luego todo volvió a ser como antes entre ellos.

—Por eso llevo este frasco conmigo siempre. En él deposito todas esas promesas rotas o incumplidas que alguna vez tuve la esperanza de que se cumplieran. Para mí es un recordatorio a no ser tan ilusa siempre, porque, aunque sí hubo promesas que me fueron cumplidas, también hubo otras que no y son esas las que coleccióno dentro del frasco con la esperanza de llamar la atención y concientizar a la gente a que recuerde sus propias promesas hechas a otras personas. O a sí mismos. Si las han cumplido o no, o si, como yo, también cargan con su propio frasco. Por eso lo llevo conmigo a todas partes. Ahora te pregunto a tí: ¿Qué tan lleno o vacío está tu frasco de promesas rotas?

Luego de escuchar su historia no pude evitar meditar sobre mi pasado, las veces que yo misma hice promesas y probablemente nunca cumplí. La desilusión que quizás esas personas sintieron al haber faltado a mi palabra. O incluso a la yo del pasado, que prometió ser alguien diferente a la que soy ahora. Supongo que también cargo con uno de esos frascos sin darme cuenta, uno que es invisible, pero que está habitando en alguna parte de mi conciencia y que de igual forma se convierte en mi propio frasco de promesas rotas.

~ Aura ~
Técnico en Bibliotecología y Documentación.

Biblioteca Cero “Semilla” fue una iniciativa que surgió a raíz de la línea de proyectos de innovación CREA ENAC 2022. Esta iniciativa buscó instaurar una pregunta generadora de historias y lecturas en la comunidad ENAC: “¿Con qué llenarías una biblioteca vacía?”

A raíz de esta convocatoria y del lema “Todos tenemos algo que contar”, buscamos explorar en los jóvenes y en los miembros de la comunidad ENAC el concepto de que todos poseemos un rol activo en nuestra producción cultural, tanto como autores y lectores. Biblioteca Cero es y será ese espacio de encuentro, diverso y desafiante, que permita conocernos y compartir nuestras visiones de mundo, sensaciones y sentimientos contenidos en palabras expresadas en un papel.

Dieciséis cuentos y poemas que emergen para dar respuesta a esta iniciativa y a mostrarnos, desde su lado del prisma, un fragmento de la realidad.

Este libro es para ustedes.

Biblioteca Cero ha sido publicado y financiado con fondos para Emprendimientos Estudiantiles CREA ENAC 2022.

